



LA VIOLENCIA EN EUSKADI

El caso de la librería Lagun

Arántzazu GONZÁLEZ

Durante años la librería Lagun ha sufrido numerosos atentados. Al menos desde el año 1993, Lagun ha sido sistemáticamente el objetivo de ataques violentos (1). Estos ataques demuestran un furor contra lo escrito y una intolerancia indiscriminada generadora, al tiempo, de miedo y ausencia de libertad de expresión.

¿Qué coherencia hay, qué racionalidad, en la quema de unos libros y anterior asalto a una librería, conocida desde siempre por su apoyo a la libertad? ¿Desde qué posición individual y social podemos justificar este alarde de paranoia colectiva? Ante tal he-

(1) Como ejemplo valga señalar que, en estos últimos tiempos, he visto en más ocasiones rotas las lunas del escaparate que normales; esto es, intactas. Es más, estoy segura de que, en la actualidad, ninguna compañía aseguradora querría tener esta librería por cliente.

cho, sentado en su pedestal de derechos individuales y garantías civiles, el presidente de la Asociación de Libreros de Donostia se lava las manos y afirma que el gremio no puede solidarizarse con Lagun porque este conflicto tiene origen político. Dos días más tarde rectifica, ¡demasiado tarde!, a estas alturas ya hemos atestado que el puesto le viene grande. Respecto a la carta firmada por veintidós intelectuales y artistas vascos, me parece un ejercicio democrático de salud y valentía. Por último, la actitud del PNV, como siempre, es paternalista y genera un malestar social hacia este partido que es directamente proporcional a la ambigüedad que éste muestra frente a la violencia en Euskadi. Como siempre, en vez de condenar abiertamente el hecho en sí, se escudan en la filiación política de sus trabajadores —concretamente al PSOE— para no realizar un solo gesto solidario ante esta barbarie. Me pregunto entonces, si el pecado es no ser *abertzal*, esto es, no pertenecer a un partido ni radical ni nacionalista. Pero no es de la irresponsable actitud política del PNV de lo que quería tratar aquí.

El ataque a la librería Lagun es una muestra evidente de desorden social. Los libros nos ofrecen el poder de la transformación, de consultar, y desde ellos el dolor y la injusticia presente se nos muestran con mayor evidencia. Son los libros memoria colectiva. Cada vez que se ha atentado contra esta librería se ha pretendido, implícitamente, destruir la memoria, la historia y el destino por devenir. A los desaprensivos que realizan estas agresiones les da igual si estas personas son honestas, realizan un eficaz trabajo, o si tomaron parte activa contra el régimen fascista. Las personas sin escrúpulos que realizan estos actos no tienen memoria, ni tampoco vergüenza. Por último, los intentos de justificar esta violencia indigna son muestra de un relativismo infame. Se consideran poseedores de la verdad, y no es la tolerancia una de sus virtudes. Pero ser tolerante tampoco significa defender este relativismo infame: no hay por qué respetar determinadas ideas aunque sí haya que respetar a todas las personas. Se intenta frenar la modernidad, el progreso, la democracia; y la democracia no es algo que «nos viene dado» sino un bien que se sostiene y constituye en el quehacer cotidiano; por lo tanto es una conquista que debe ser defendida de actitudes totalitarias y dictatoriales. Y nadie desde fuera puede solucionar un problema que es el nuestro; debemos comenzar a denunciarlo nosotros mismos.

Nuestros actos y pensamientos no deben ser sometidos por la fuerza de nadie; pero tampoco nosotros debemos imponernos a los demás mediante el uso de la fuerza. Puesto que lo que nos define y diferencia a los humanos es la racionalidad, la razón y el diálogo deben ser nuestras armas. Y, por tanto, la violencia es evitable. Las

personas que justifican esta violencia dicen «no» a la renovación, al progreso humano, a la apertura de miras, mostrándose, además, incapaces de construir una sociedad digna.

El *abertzale* que tiene como referente de sentido «el pueblo» cree conocer el destino de su comunidad, y las decisiones individuales de los ciudadanos deben supeditarse al interés de ese referente llamado «pueblo». El problema vasco es un problema real, de cómo se percibe la realidad. Anclados en obsoletas ideologías marxistas, la ideología radical acierta a recoger a todos los grupos marginales: los parados, los insumisos, los ecologistas, las feministas, etcétera. Hay otra mayoría *abertzal* que discrepa de esta etnicidad y que tiene un modelo insólito de identidad vasca sin sentido y crispante (recuerdo en este contexto la teoría del Rh+ a la que hizo referencia Arzallus). Lo que hace ETA es cambiar la xenofobia aranista, basada en la sangre, por xenofobia lingüística; así lo señala, acertadamente, Azurmendi (2).

Ante el conjunto de actos violentos, mecánicos y anónimos, se genera odio entre los individuos de la misma comunidad. El terror y la violencia sólo engendran violencia, nada pueden generar de bueno. Doble y fracaso son dos términos adecuados para ilustrar los sentimientos que invaden a la mayoría de los ciudadanos vascos. Doble y ambiguo es el discurso de buena parte de los políticos; y de fracaso es la sensación que corona el transcurrir de nuestros días: parece como si nunca fuese a cambiar este clima de enfrentamiento.

Dada la arbitrariedad del delito, los ejecutores se respaldan en un discurso retórico y crispado. Pero lo realmente incomprensible es el conjunto de personas que, bien con su apoyo explícito bien con su silencio, justifican este tipo de acciones delictivas y vergonzantes. El diálogo es un acto racional que se establece entre seres racionales pero no sobre los cimientos de actos macabros. Este acto —el asalto violento de la librería Lagun— ha sido muestra de una actitud despiadada. En cuanto a la Ertaintza, —ataviada con una vestimenta muy vistosa y con modales que recuerdan a los *polis* de las películas americanas—, lástima que siempre llegue tarde, igual que cuando hay algaradas callejeras o manifestaciones, y disparando sin ton ni son, creando así una confusión aún mayor entre los ciudadanos.

Los violentos rompen con el respeto a la persona y a su labor. Se rompe con la forma de vida civilizada que debe ser inherente a

(2) Azurmendi, M.: «Vascos que, para serlo, necesitan de enemigos», *Bi-tarte*, 9, Donostia, agosto 1996, págs. 37-53.

toda convivencia humana. ¿A quiénes pretenden despistar o engañar? Debemos ser justos, no se trata sólo de sobrevivir, sino de vivir dignamente. Para ello debemos obedecer unas leyes, y defender un trato autónomo e igualitario para el resto de nuestros conciudadanos. De lo contrario, señala Camps (3), se legitima un orden pero no se habla de justicia. Se enmascara, entonces, la verdad, el hecho, la naturaleza del hecho y el fin. La libertad en sí no es nada si no se la cualifica, si no se tiene en cuenta quién es el que la defiende y de qué manera lo hace. Que la dignidad de la persona humana, añade Camps (4), sea el fin absoluto no puede significar otra cosa sino que es preciso ir distinguiendo y rechazando aquellas formas de dominio, marginación o agresión que impiden la autoafirmación de todos y cada uno de los seres humanos. Bobbio plantea la cuestión clave: «¿Es realmente el mismo objetivo final el de quien considera que el socialismo sólo puede ser alcanzado con la destrucción violenta del Estado burgués a través de un proceso revolucionario de larga duración, que el del que opina lo contrario, o sea, que puede alcanzarse gradualmente a través del cauto uso de las instituciones democráticas?» (5). En teoría todos los fines valen lo mismo, pero en la práctica unos desdican a otros. En suma, los medios no pueden ni deben concebirse por separado; ¿qué fin persiguen los violentos con el conjunto de ataques indiscriminados a la sociedad? Al hacer un uso equívoco de las palabras que son valores transculturales (la solidaridad, la libertad, justicia, etcétera) se vacían de contenido y las convertimos en palabras inconstantes. Vacías de comprensión y de aplicación. Y ello deriva en una vacuidad en la *praxis* política.

La libertad implica «derecho a y deber de», el ejercicio de la libertad debe posibilitar y ensanchar el campo de acción social y humana. Y las instituciones democráticas deberían ser promotoras de ello. Del presupuesto de la libertad se sigue la aceptación de la sociedad plural, con opciones contrastadas y puntos de vista diversos; pero potenciando por ello mismo la tolerancia.

Soy vasca y no creo que deba pedir perdón por no ser *abertzal* (ni nacionalista, ni radical); no creo en adhesiones ciegas, ni en los factores Rh, ni en los discursos pronunciados por partidos con fines claramente electoralistas. Las diferencias deben ser respetadas y fomentadas, desde una política de la igualdad. Me

(3) Camps, V., *Ética, retórica y política*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, pág. 69.

(4) Camps, V.: *op. cit.*, pág. 78.

(5) Bobbio, N., *¿Qué socialismo?*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978, págs. 177 y ss.

da igual si mi vecino es catalán o manchego, con tal de que me respete, y si esto no ocurriera, nunca se me ocurriría pensar que su falta de respeto devenga de su origen de nacimiento, o de su opción política. Y me resulta incomprensible que se ejecuten actos violentos escudándose en una «lucha por la clase trabajadora, y por el pueblo» cuando este pueblo rechaza frontalmente esa opción. Porque ello es falso, injusto y perfectamente inútil. ¡Ah!, y nosotros somos más.
